

**Discurso del Señor Don Enrique V. Iglesias, Secretario
General Iberoamericano, en la investidura del Doctorado
Honoris Causa por la Universidad de Salamanca.**

Excelentísimo y Magnífico Rector
Don Enrique Battaner

Ilustres Profesores

Apreciados Alumnos

Señoras y Señores

“He regresado hace dos días de una visita de trabajo a las Instituciones de Naciones Unidas en Ginebra. Allí he podido admirar los frescos de José María Sert en el Palacio de la Paz, la famosa “lección de Salamanca” hecha arte. Se ilustra esa bóveda con cinco colosos, los cinco continentes, estrechando sus manos sobre los muros de esta ilustre Universidad, reflejando el debate tolerante y conciliador de maestros y alumnos sobre la paz y la fraternidad universal, y toda la sociedad de su época atenta a la palabra de Francisco de Vitoria, representado junto a la esfera terrestre.

Proclamaba Vitoria la unidad del orbe, la existencia de leyes para todos y una ética de paz. Enseñaba que ni “la diversidad de religiones es causa para una guerra”, “ni lo es ensanchar un imperio”, “ni la gloria o cualquier otra ventaja”. Sabemos hasta qué punto puso en duda la licitud de ciertos procedimientos de la conquista, cómo denunció los excesos y cómo se expresó con rotundidad frente a los atropellos. Sabemos también que afirmó que nada le doblegaría ni le haría callar, “antes se me seque la lengua y la mano”. Poco después, sus “Relecciones de indis” harían universal a esta Universidad.

Estos ideales harían quinientos años después afirmar a Uslar Pietri:

“Ni antes ni después se ha dado un caso semejante en el que un imperio, en el momento mismo de desarrollar su expansión, se detenga con sincera angustia a examinar la cuestión que a muchos entonces y luego no pudo parecer superflua, de decidir si los españoles tenían derecho a conquistar y someter los pueblos americanos y si los indígenas tenían los mismos derechos y condición dignidad de los conquistadores”

La dignidad de Salamanca. Esa es la lección emanada desde aquí a través de los mejores maestros salmantinos, como también lo fue la voz de Fray Luís de León, quien supo “gozar de la apacibilidad de su vivienda” salmantina, al denunciar los abusos del poder. Un pensador cristiano que denunció la impostura y alzó la voz frente a la farsa política y religiosa de la que se revistió un cierto poder en su época a través de la Inquisición: “el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencia falsa de su amor y de su honra”.

Su grandeza moral forma parte del imaginario popular español cuando, tras pasar indecibles penurias en la cárcel, vuelve a estos muros sin permitir que se doblegue su conciencia universitaria: “decíamos ayer”.

Esta Universidad, que hoy me honra profundamente, y que ha seguido produciendo pensamiento y nuevas fronteras a través de todos sus siglos de existencia y en último término desde el hondo pensamiento de Unamuno a la extraordinaria tarea filológica y lingüística de Lázaro Carreter.

Esta noble Universidad, ciudadana ejemplar de una urbe que vio a Cristóbal Colón visitar el convento de San Esteban para intercambiar opiniones sobre el mundo y sus confines con los dominicos y pedir el apoyo de Fray Diego de Deza. Aquí se consolidó la visión de “el otro” como el espejo en el que nos reflejamos, el compromiso intelectual con todas las ramas del saber y una nueva visión del mundo a la que nos adherimos: un mundo globalizado y a la vez respetuoso con las culturas, con la identidad de otros lugares.

Por eso, el cielo de Salamanca es un reflejo, y una extensión, de todos los cielos de América.

LAS ENCRUCIJADAS DE NUESTRO TIEMPO

Todo ello contribuye a que sea para mí tan honroso recibir esta distinción, que lo hago en mi condición de Secretario General Iberoamericano “de las dos orillas del Atlántico”, nacido en Asturias y emigrado al Uruguay, mi patria, como dijera esta ciudad en octubre del año pasado, en ocasión de la inauguración de la Cumbre Iberoamericana. Y desde esa condición hablaré. Y lo haré procurando responder a un interrogante que me he planteado al aceptar esta nueva y honrosa responsabilidad: ¿cómo puede contribuir esta comunidad de naciones que comparte, historia, lenguas, tradiciones y valores al confuso y peligroso escenario que nos presenta hoy la sociedad internacional?.

En efecto. Muchos son los logros que ha alcanzado la civilización en este último medio siglo pero crecen los desencuentros y los peligros que nos angustian todos los días.

Permítaseme discurrir sobre algunos de ellos, los más dramáticos que caracterizan la realidad internacional en la que nos encontramos.

En primer lugar una aceleración de los conflictos en un vértigo de cambio. La caída del Muro de Berlín, alimentó una alegría efímera, -el fin de la guerra fría-, alentando expectativas pronto no avaladas por la historia, de que estaríamos entrando en una etapa de paz y progreso ilimitado. Y empezamos a vivir un brote de tensiones y conflictos, quizás propios de la historia del progreso humano, pero no por ello menos amenazante. Algunas de esas tensiones y conflictos hunden sus raíces en atavismos raciales, religiosos o culturales.

Esas tensiones y conflictos se dan además en un vértigo de cambio impulsados por la revolución científica tecnológica y por esa tercera gran oleada de la globalización según la caracterización de Thomas Friedman.

Tensiones y conflictos que se aceleran por la instantaneidad y virtualidad en que viven todos los seres del planeta. Ya no es más el mundo ancho y ajeno de que nos habla Ciro Alegría, sino que todos en todas partes, sabemos al instante lo que está ocurriendo en cualquier parte, y, a la vez, tenemos la posibilidad de transportarnos a través de la imagen y de la imaginación a cualquier parte del planeta, e invariablemente comparar, y es aquí donde para millones de habitantes se abre el desgarramiento de lo que no se tiene y se puede tener, entre lo que no se tiene y otros tienen y entre lo que se es y se puede ser. He ahí una primera gran fuente de conflicto.

Pero esta realidad abre la puerta a otra gran tensión, la de la brecha profunda entre las expectativas y la realidad, que han vuelto conflictivas o inseguras a grandes partes del mundo. La revolución de las informaciones y las comunicaciones es la revolución cultural más importante de la historia, y esa revolución, es una suerte de democratización cultural. Esa democratización cultural ha contribuido a la explosión de las expectativas, que abren la radio, la televisión o la Internet. Pero, lamentablemente, no ha sido correspondida por un progreso económico y social compartido. Por eso que la revolución de las expectativas, ha sido seguida por la revolución de las

frustraciones sociales y es ésta una de las grandes fuentes de ansiedad y revolución del mundo moderno que alimenta la fatiga de los cambios y es descreimiento de los líderes.

No menos significativas son las tensiones y conflictos derivados del proceso de acercamiento entre poblaciones y culturas. Si la cercanía y la vecindad son una virtud, tienen también consecuencias indeseadas que no se pueden desconocer: subrayan "la diferencia". En el desconocimiento o la ignorancia, así como en la lejanía, la diferencia no existe. En la cercanía, en cambio, aparecen los conflictos.

En el pasado, las formas uniformadoras fueron la guerra, la conquista, el uso de la fuerza o el pacto entre estados y gobiernos. Hoy, precisamos desesperadamente otros modos para integrar esa multiplicada diversidad religiosa, cultural, política o socio-económica para superar los conflictos potenciales. De ahí, dicho sea de paso, la relevancia de la iniciativa sobre la Alianza de Civilizaciones, orientada a identificar puentes de tolerancia en un mundo peligrosamente fragmentado. De ahí también la importancia de avanzar seriamente en la solución de viejos conflictos como los del Medio Oriente, que reflejan y potencian los enfrentamientos provenientes de la diversidad. Quitar al conflicto los impulsos que proceden de la humillación socio-económica de los pueblos es una tarea impostergable para empezar a desarticular las pasiones que ensombrecen las razones.

Y qué decir de las tensiones y conflictos que se derivan de la globalización asociada a las revoluciones científicas, técnicas y de las comunicaciones. Tendencias para las cuales no existen murallas, ni puertas ni candados, ni aún del Estado Nación, que en su momento histórico, y como expresión de la modernidad de entonces, cerró otra etapa de conflicto y desintegración. La administración de los efectos de la globalización, democratizando el acceso a sus beneficios y contrarrestando sus efectos perversos, sólo podrá lograrse con la solidaridad dentro de las fronteras de cada país y entre los países.

Es ese mismo esfuerzo de solidaridad internacional el que deberá sostener la lucha contra los esfuerzos destructivos que hoy someten a la humanidad las amenazas de las armas de destrucción masiva, el creciente deterioro del medio ambiente el terrorismo o el crimen organizado. Cuando las guerras ya no son entre Estados, ¿acaso se puede ganar con los métodos tradicionales de las guerras entre Estados o habrá que pensar entonces en las causas de los fanatismos y las intolerancias de todos los signos para actuar colectivamente sobre ellas?

A esta tarea de reflexión se dedica el grupo del que formo parte, convocado por el Secretario General de las Naciones Unidas, para reflexionar sobre las posibilidades de una Alianza de Civilizaciones, integrado por líderes políticos, intelectuales y religiosos que expresan la enorme diversidad cultural y política del planeta.

Este es pues, el panorama político del mundo en este nuevo siglo.

Por un lado, las enormes potencialidades que nos prometen las innovaciones tecnológicas y el ingenio del hombre para alcanzar niveles nunca imaginados de progreso y prosperidad, que podrían terminar con la maldición bíblica de la pobreza y abatir los grandes abismos de desigualdad y exclusión.

Por otro, grandes amenazas que ensombrecen las luces del progreso anunciado y ponen en peligro la paz y la seguridad en el planeta.

La pregunta que cabe formularse es la siguiente: ¿cómo podría esta comunidad de naciones hermanada en valores, tradiciones y lenguas, contribuir a la paz y la justicia social dentro de sus fronteras y en el mundo y al mismo tiempo disminuir o eliminar los graves peligros que estamos viviendo y que podrían acentuarse en el futuro? ¿Cuál puede ser una respuesta iberoamericana a esta pregunta?.

Yo me propongo aventurar una, asentada en tres grandes proyecciones sobre la sociedad internacional que podrían consolidar nuestro compromiso con un mundo mejor.

- la que surge de los ejemplos que Iberoamérica ofrece al mundo en materia de convivencia pacífica.
- la que surge de los compromisos asumidos por sus líderes políticos con la ley internacional y con la promoción de un multilateralismo eficaz.
- los que podrían surgir de un desarrollo dinámico y con justicia social en todo el espacio iberoamericano.

"La proyección de los buenos ejemplos"

Hay muchos rasgos de la convivencia social iberoamericana que ya se proyectan en el mundo como referentes que quisiéramos ver reproducidos en otras partes del mismo.

El contraste entre un siglo de paz generalizada en la región con lo acontecido en el resto del mundo, enfrentado a grandes conflagraciones e innumerables conflictos entre estados. Enfrentamientos raciales, religiosos o de nacionalidades que dieron origen a genocidios y limpiezas étnicas que insultan la nuestra conciencia ética y nuestra dignidad de seres humanos.

Iberoamérica es quizás una de las zonas de paz mejor sucedidas en el mundo, sin desconocer, desde luego, los conflictos focalizados o la violencia del narcotráfico. La experiencia iberoamericana pone de relieve la capacidad de amalgamar culturas y etnias en un entorno social con problemas, pero esencialmente pacífico, con una constante voluntad de convivir.

Un entorno que resulta de observar el respeto por los derechos humanos de los cientos de miles de refugiados y desplazados dentro de la región, lo que constituye un ejemplo en el mundo entero. Como también lo es el régimen de asilo político que tiene instrumentada la región desde hace décadas.

El que pone de manifiesto la reconstrucción democrática de muchos de los países iberoamericanos, que ha hecho posible que en poco más de una década, varios Jefes de Estado hayan tenido que dejar el poder por sanciones políticas y lo hayan hecho por vía constitucional y con apego a las leyes antes que recurriendo a la ruptura del orden constitucional por golpes de estado.

El trato acordado a los millones de inmigrantes, en el espacio iberoamericano. En estos momentos en que el tema conmueve al mundo, Iberoamérica ha respondido con la integración de los contingentes de emigrantes con respeto a sus derechos fundamentales y con respuestas rápidas a su integración a las sociedades de adopción.

Estos ejemplos no son soluciones perfectas a problemas complejos, pero sí son conductas que se destacan claramente de las prevalecientes en otras latitudes del escenario internacional.

"El compromiso con la ley internacional y el multilateralismo efectivo."

A lo largo de estos últimos años, nuestros jefes de Estado y de Gobierno se han reunido anualmente en las Cumbres Iberoamericanas para acordar principios de conducta internacional y de políticas de cooperación que constituyen el acervo histórico acumulado de este esfuerzo colectivo. La última celebrada precisamente en esta ilustre ciudad el pasado octubre ha supuesto un relanzamiento de nuestros valores y de nuestras posibilidades de actuación.

Ese acervo constituye un capital de compromisos asumidos para fortalecer un multilateralismo eficaz en el tratamiento de los grandes temas de las relaciones internacionales.

Ahí están:

- La defensa de la democracia y los derechos humanos.
- El pleno respeto por el derecho internacional y el principio de no intervención de un Estado en los asuntos de otros Estados.
- El apoyo al desarme y la no proliferación de armas nucleares.
- La lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado y la adhesión a la Corte Penal Internacional y el respeto por los derechos humanos.
- El reconocimiento del derecho al desarrollo y a un orden económico internacional más justo y con igualdad de oportunidades para todos los países.
- El reconocimiento de la cultura y su diversidad como puntal de desarrollo económico, de cohesión social y de vigencia de los valores espirituales de los pueblos.

En momentos en que estamos asistiendo al agravamiento de problemas globales que sacuden la paz y la convivencia observamos con desmayo que se debilita la voluntad política de hacerles frente con un multilateralismo efectivo.

La crisis de ese multilateralismo y el descrédito del sistema de las Naciones Unidas, arroja sombras sobre un esfuerzo que surgió del final de la segunda guerra mundial, y construido con difíciles consensos durante más de medio siglo.

Iberoamérica debe asumir un papel activo y militante en la defensa del multilateralismo. Los problemas globales exigen de soluciones globales y de una intensa búsqueda de la concordia. A ello debe dedicarse, con convicción, Iberoamérica en el mundo, y el acervo histórico de principios acordados opera en ese sentido.

"La proyección de una economía dinámica con justicia social"

Ni los buenos ejemplos, ni la conducta internacional serán finalmente creíbles si al mismo tiempo no somos capaces de construir economías sólidas y dinámicas, capaces de hacer frente a los grandes desequilibrios sociales que nos presenta la pobreza, la desigualdad, la exclusión de millones de personas, o el desempleo.

Considero, en ese sentido que la región está en una encrucijada histórica.

Tiene ante sí la inmensa oportunidad de convertirse en un ejemplo para otras sociedades, creciendo con justicia social, plena vigencia de los derechos humanos y respeto por la naturaleza y el medio ambiente. Oportunidades que hace muchas décadas que no se nos presentaban.

Pero las realidades no están operando en ese sentido para la gran mayoría de iberoamericanos. El desarrollo económico con dividendos sociales así concebido, ha sido por décadas un objetivo esquivo para buena parte de nuestros ciudadanos.

¿Por qué ha sido así?

Muchas son las teorías y las explicaciones que a lo largo de mis variadas experiencias en el mundo, tanto de la academia como en la praxis de la práctica económica nacional e internacional, he conocido y explorado. No es éste el momento de recordarlas aquí. Pero sí quisiera solamente resaltar una explicación que quizás tenga una especial relevancia en este momento y en esta tierra, y sobre la que he venido reflexionando últimamente.

Si, como es conocido, hemos de aceptar que hablar de la comunidad de países Iberoamericanos solamente hace sentido a partir de la ruptura de la relación metrópoli-colonia, también hemos de aceptar que esa comunidad se gesta, a partir de las Cortes de Cádiz, muy al inicio del XIX. La inspiración fundamental que articuló a la Constitución que de ahí salió fue la idea liberal, democrática y constitucional. Esa idea, que a golpe de viento navegó de regresó a la “otra España”, prendió más y más prematuramente en América Latina que en España y muchos países de Europa, porque con la restauración absolutista de Fernando VII un grupo nada despreciable de liberales españoles emigró hacia América Latina, entre otros destinos.

Pero la idea liberal democrática, que se gestó en Europa al impulso del crecimiento del mercado, en América Latina se adelantó al mismo. Y desde entonces, y como lo atestiguan los avatares actuales, estamos pendientes del encuentro complementario entre la idea del Estado, en su expresión de la idea liberal, democrática y constitucional, y el mercado.

En Europa, la confluencia entre el pensamiento político asentado en la Doctrina Social de la Iglesia, y el del socialismo que tempranamente en el siglo XX empezó el proceso de reconciliación de la idea igualitaria con la idea del mercado y la democracia, posibilitó ese "gran pacto" social que ha hecho posible, especialmente después de la segunda gran guerra mundial, el progreso y la cohesión social. Algo semejante ocurrió en los Estados Unidos con la confluencia del pensamiento de los Padres Fundadores, con la idea Keynesiana y la programática de Franklin D. Roosevelt.

Esa reconciliación es el gran tema pendiente en la agenda Iberoamericana. Somos, en la libertad y los derechos individuales, herederos directos de Cádiz. Pero en cuanto al mercado, seguimos navegando en la ambigüedad. Nos debatimos, todavía, entre extremos percibidos como irreconciliables: o Estado, o mercado; o que hay mucho Estado, o que hay mucho mercado. Pareciera que entrado el siglo XXI, y quizá por una mezcla curiosamente complementaria entre la idea tomista y la idea marxista, las ideas nos han llegado con fuerza volcánica o huracánica. Con las ideas liberales en el siglo XIX, había que terminar con los oligarcas; con las ideas socialistas, en el siglo XX, igual con los burgueses; y cuando llegó la restauración ortodoxa, así llamada neoliberal, ¡pues abajo el Estado! Sencillamente, la idea de la complementariedad entre el Estado y el mercado, en balances diferentes según los países, y cambiantes según los tiempos, no se ha plasmado plenamente en nuestra región.

Un detenido diagnóstico del desarrollo de la región da cuenta de un crónico déficit democrático que, frecuentemente, se ha traducido en fenómenos de autoritarismo, clientelismo, amiguismo y, en casos extremos, de nepotismo, que han sido la expresión, a nivel del régimen político, de una “captura” de las instituciones y políticas públicas por intereses particulares (de un partido político, o gremio, o grupo económico, o una familia, o intereses regionales y locales). Esa suerte de “privatización perversa” del Estado, que ha estado en la base de los fenómenos de corrupción, ha conducido a intervenciones estatales desincentivadoras de un funcionamiento eficiente del mercado y promotoras del rentismo y la especulación.

Por otra parte, esa “privatización perversa” de las instituciones y políticas públicas ha impedido que las mismas puedan procesar, agregar y responder a las demandas del conjunto de los ciudadanos, explicando así la exclusión de amplios sectores de la población de los beneficios del crecimiento y la deslegitimación de la política y las instituciones estatales.

El déficit democrático que hemos mencionado, y que ha conducido a intervenciones estatales ineficientes, explica dos extremos recurrentes y dañinos para el desarrollo de la historia política de la región. Por un lado, atribuir a “fallas del mercado”, la injusta distribución de los beneficios del crecimiento, lo que en verdad ha sido resultado de la referida “privatización perversa” de las políticas públicas por parte de intereses particulares. En esta falsa apreciación se han nutrido las posiciones populistas anti-mercado.

En el otro extremo, se ha atribuido a “fallas del Estado”, la gestión ineficiente de recursos o la corrupción, lo que también en verdad han sido, por la misma “privatización perversa”, fallas del funcionamiento del sistema político. En esta también falsa apreciación se han alimentado las posiciones fundamentalistas anti-estatales.

Frente a un extremo, en América Latina hay mucho mercado y ha fallado el mercado, y el otro extremo, en América Latina, hay mucho Estado y fallado el Estado, tenemos que decir que en América Latina hace falta más y mejor Estado, y hace falta más y mejor mercado.

Quisiera dejar con ustedes estas reflexiones que quizás pueden darle a nuestra frustrante experiencia en el campo del desarrollo económico y social una clave más para apuntalar un proceso de desarrollo económico con justicia social y democracia. Ello le daría a Iberoamérica una gran autoridad moral para la difusión de sus buenas prácticas y para la abogacía de la solidaridad internacional y la plena vigencia de un multilateralismo eficaz.

Estimados amigos:

En este día tan significativo para mí, he querido dejar con ustedes algunas reflexiones sobre el momento que vive la sociedad internacional para la que he trabajado durante muchos años y los grandes desafíos y oportunidades que estos tiempos presentan a la Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Soy un convencido del papel histórico de Iberoamérica, y sobre todo de este proyecto de vida comunitaria y de convivencia. Convencido de la necesidad de darle contenido a su presencia en el mundo y de aprovechar nuestra capacidad de cooperar en la construcción de sociedades más dinámicas y más justas socialmente, como producto de un desarrollo económico con sensibilidad social y con apego a los grandes valores espirituales que han sido muy queridos a nuestras tradiciones y a nuestra cultura compartida.

Se trata de poner en el centro de nuestra acción a los valores propios del hombre iberoamericano, a los que ha contribuido esta vieja tierra en su asociación con las culturas originarias y los pueblos llegados de otras latitudes. Algunos de estos valores los hemos recordado al inicio de mis palabras y tuvieron en esta Casa su formulación más temprana, que conserva, sin embargo, plena actualidad y vigencia.

Pero hay otros: El respeto por la dignidad del ser humano; la piedad ante el pasado y todo lo que le debemos por habernos hecho como somos; la moderación en el impulso de dominación de la naturaleza, la que debemos preservar no sólo por razones de utilidad sino también por su puro valor estético.

Estos principios están en el mensaje de filósofos y literatos de esta península y en los grandes valores de las culturas originarias. También en ambos encontramos algo que debería estar presente en nuestras sociedades y en el mundo en que vivimos: el afán de concordia.

Si no somos capaces de relegar los conflictos y antagonismos a una triste memoria del pasado, no habrá sociedad en paz duradera donde se cultive, de una vez por todas, el ideal supremo de concordia que el humanista Luis Vives supo defender con tal vigor en momentos parecidos a los que ahora vivimos.

Este llamado a fortalecer la identidad latinoamericana puede parecer un objetivo extremadamente idealista. Sin embargo, asistimos a una angustiada búsqueda por ciudadanos y naciones de sus propias identidades como países o grupos de países para mejor navegar en las tendencias globalizadoras del mundo moderno. Y es así, por cuanto la globalización, con su enorme potencial de beneficios para la humanidad, también acarrea los peligros de enfrentamientos y conflictos por sus impactos perversos sobre personas y estados. Fortalecer las identidades de grupos de países o de las afinidades de la vecindad, es una forma de transitar con pie firme en la anomia a que nos puede someter la globalización, y de poner de relieve nuestros valores, tradiciones y culturas como la base sólida de nuestro futuro.

Estos son los objetivos que debieran alentar esta comunidad de naciones, que entraron tarde en la modernidad pero que, quizás por causa de ese mismo rezago, se encuentran hoy en la posibilidad de contribuir con esperanza, con la dignidad de los valores que dan sentido a nuestra vida como individuos y como pueblos, a la humanización de la sociedad internacional.

A la gran tarea a que nos fuerza la imperiosa necesidad de consolidar la paz, acelerar el progreso y fortalecer la justicia social en Iberoamérica y en el mundo. Gracias por haber tenido la amabilidad de escuchar a uno de sus humildes y sinceros colaboradores.